

Roma. Al Papa Nicolas V corresponde la gloria del gran impulso dado á la adquisicion de manuscritos para la Biblioteca Vaticana. Causa maravilla y produce regocijo el leer la ingeniosa é infatigable solicitud con que aquel Pontífice, no sólo acoge en Roma á los sabios fugitivos de la rendida Constantinopla, sino que despacha hombres de letras para todos los ámbitos de la tierra, con el objeto de que busquen y adquieran manuscritos orientales, griegos, latinos, de todas ciencias y literatura, sin perdonar distancias, ni gastos, ni dificultades. Desde Tolomeo hasta hoy, escribe un historiador de aquel tiempo, no se ha visto una biblioteca que cuente, no ya igual número, pero ni la mitad de volúmenes que contiene la Vaticana. El tesoro de Nicolas V fué sucesivamente acrecentado con multitud de obras impresas de la primera edad, que constituyen todavía un fondo de riqueza inestimable. Sixto IV atendió al acrecentamiento del caudal de libros, haciéndolos traer de todas partes, y alentando con generosidad á los sabios que en escribirlos ó buscarlos se ocupaban: dotó con renta fija la Biblioteca Vaticana, y puso á su frente varones insignes en ciencia, como Platina, Manfredi y Lorenzo Veneciano. En tiempo de Julio II, la Biblioteca Vaticana, á juzgar por una carta de Bembo, «si no cuenta un número prodigioso de volúmenes, es preciosa por el gran valor y la perfecta conservacion de los que encierra, por las bellezas y comodidad del local, y por las estatuas, cuadros y ornamentos que la hermosean.» Nuevos viajes bibliográficos, nuevas pesquisas por monasterios y por los rincones todos de Europa y de Asia en los tiempos de Leon X, enriquecieron de manuscritos la Biblioteca, ya que á la vez misma aumentaba el número de los impresos el maravilloso invento de Guttenberg, acogido por Paulo II en el palacio de los Pontífices. Quinientos zequies mandaba pagar Leon X por un ejemplar manuscrito de Tácito: donde quiera que se vislumbraba la existencia de un códice hebreo, griego ó latino, allí acudia un emisario del Papa con poder ilimitado para adquirir la joya. San Pío V logró rescatar de Avignon ciento cincuenta volúmenes en pergamino, pertenecientes á la antigua Biblioteca de Letran, principio y núcleo

de la Vaticana. Sixto V, cuyo nombre llena, puede decirse, la Roma moderna, el constructor de los acueductos y de las fuentes y del palacio lateranense y de tantas otras insignes obras en el Vaticano y en el Quirinal, en el Celio y en el Esquilino; el franciscano humilde, que con brazo poderoso levanta las columnas de Trajano y de Marco Aurelio, y los obeliscos, que yacian entre escombros, no podia olvidarse de la Biblioteca; y en efecto, á su iniciativa y á su genio se debe el magnífico local en que hoy se halla, dividiendo para ello en dos el gran patio de Bramante, y constituyendo el antiguo Belvedere en verdadero palacio de las ciencias, las letras y las artes. Salones inmensos, pinturas, adornos, todo parecia poco para honrar los libros á aquel Pontífice, que vestia el mismo sayal y revelaba idéntico carácter que nuestro Cisneros, el fundador egregio de la Universidad y de la Biblioteca complutenses. La memoria de Sixto V, asegurada en tantos monumentos de piedra, tendrá su más grata perpetuidad en los salones de la Biblioteca Vaticana. Paulo V añadió los archivos pontificios, que hoy ocupan once cámaras junto á la gran sala de la Biblioteca, y contienen en más de dos mil volúmenes una riqueza incalculable de documentos, verdadero arsenal de la historia eclesiástica y aún de la historia civil de las naciones. Desde el siglo xvii la Biblioteca Vaticana ha recibido considerables aumentos, no ya merced á volúmenes y códices sueltos traídos de aquí y de allí, sino por el ingreso de colecciones enteras, de librerías famosas, que los Papas han adquirido ó que sus dueños han legado.

En tiempo de Gregorio XV se añadió á la Biblioteca Vaticana la riquísima Palatina, que existia en Heidelberg, por generoso dón del elector de Baviera Maximiliano I, á quien llamaban el Salomon de Alemania: cerca de tres mil manuscritos se aumentaron con este motivo á la ya rica coleccion de Roma. En los dias de Alejandro VII fué comprada para el Vaticano la biblioteca de manuscritos de los Duques de Urbino, cuya riqueza de códices hebreos no puede calcularse. Alejandro VIII aumentó, con la librería de la reina de Suecia, Cristina Alejandra, y la suya particular, mil nuevecientos có-

dices á los que ya contaba la Biblioteca Vaticana. A Clemente XI corresponde en gran parte la gloria de haber acumulado en el Vaticano un verdadero tesoro de ciencia oriental, que puede llamarse único por la variedad y el mérito de los códices: en esta época empieza á sonar el nombre de Elías Asseman, enviado á Roma por el patriarca maronita de Antiochía, y á cuya ciencia filológica confió el Pontífice la organizacion de los preciosos manuscritos hebraicos, árabes y siriacos, que en número muy considerable existían en la Biblioteca, y que acrecentaban cada día los orientalistas enviados á Egipto y á Siria, con el fin de recoger documentos y libros escritos en aquellos idiomas. La *Bibliotheca orientalista* de Asseman, que es un catálogo comenzado de todas estas preciosidades filológicas, consta de tres grandes tomos, y no contiene más que los autores siriacos, árabes y coptos; ménos quizá de una tercera parte de lo que hubiera abarcado la obra, si á uno y otro Asseman, tio y sobrino, hubiese alcanzado la vida para completarla ó no se hubiese perdido el original de los otros tomos, en que estaba la descripción minuciosa de los interesantísimos códices hebraicos, formada luego más sumariamente en los tomos IV y V de la obra magna *Scriptorum veterum collectionis Vaticanae* del Cardenal Mai, digno sucesor en el cargo de prefecto de la Biblioteca Vaticana, de los Catalanes y Fuen-salidas (españoles), de los Sirlotos, Fornis, Baronios, Casanates, Quirinis, Pacioneis, Zeladas, Consalvis y Lambruschinis.

El Pontífice Benedicto XIV adquirió para la Vaticana la famosa librería del Cardenal Ottoboni, de la familia de Alejandro VIII, formó el museo cristiano, y á la colección de medallas de los Pontífices, añadió las de los emperadores, cuya serie completa poseía el museo del Cardenal Carpegna: al mismo tiempo se agregaban por legado á la Biblioteca pontificia las librerías del Marqués Capponi y del anticuario florentino Baron Stosch: más adelante fueron asimismo á enriquecerla más y más los escogidos libros del sabio Cardenal Zelada y los preciosos y raros del arqueólogo y escritor de bellas artes, Conde de Cicognara. Gregorio XVI destinó otras diez grandes salas para armarios de libros impresos, é hizo considerables

dones de códices y objetos preciosos á la Biblioteca Vaticana, que no menores los ha recibido del Pontífice reinante, siendo muy de recordar la librería del Cardenal Mai (siete mil impresos y cerca de trescientos códices), los manuscritos del Cardenal Brignole, una magnífica colección de monedas y medallas, y otros objetos de gran mérito, que adornan principalmente el salón de Sixto V.

La Biblioteca Vaticana, no solamente enseña y deleita con los libros, con los *papiros*, con las medallas, con los objetos preciosos de antigüedad cristiana y profana que contiene, sino también con las pinturas que decoran los muros y techos de sus salones, las cuales en vez de representar sucesos fabulosos, ó inverosímiles creaciones de la fantasía, desenvuelven en series ordenadas, ya la historia de los humanos conocimientos, ya la prosecución cronológica de los Concilios, ya los hechos más culminantes de la vida de los Papas. Bajo este punto de vista no puede ser más interesante la decoración de la primera sala grande. En su parte superior están, de un lado los cuadros al fresco que se refieren á la institución de antiguas bibliotecas, del otro los Concilios ecuménicos. Allí están escritos los anales de la bibliografía, desde el libro de la ley puesto en el tabernáculo por los levitas, y la escuela babilónica en que Daniel y sus compañeros aprenden la ciencia de los caldeos, pasando por Pisítrato, fundador de la primera biblioteca griega, y por Ptolomeo, que estableció la famosa Alejandrina, y por Tarquino, el soberbio, que custodió los libros sibílicos, y por Augusto, que abrió al público la biblioteca Palatina, y recordando la jerosolimitana debida á San Alejandro, obispo, y la de Cesarea, junto al monte Carmelo, reunida por el presbítero Pánfilo, se llega á la época en que los Pontífices romanos empiezan á formar tesoro de libros: *Sanctus Petrus sacrorum librorum thesaurum in Rom. Ecclesie perpetuo asservari jubet*. En el opuesto lado se resume, con una sentencia al pié de cada cuadro, el hecho culminante, ó la declaración dogmática de mayor trascendencia que á los respectivos Concilios orientales corresponden: así, por ejemplo, del primero Niceno, se dice:

*S. Silvestro P. P. Fl. Constantino Magno Imp.
Christus Dei F. Patri consubstantialis declaratur,
Arrii impietas condemnatur.*

En los siete grandes pilares ó columnas cuadradas que dividen el salon en su longitud de más de trescientas, hay otras pinturas que representan la historia de las letras, á la manera como se entendia y explicaba esta ardua cuestion filológica en los tiempos de Sixto V. Comiézase por el alfabeto hebráico primitivo, cuyo origen se fija en el primer hombre: *Adam divinitus edoctus primus scientiarum et litterarum inventor*: ofreciendo como monumento de aquella remota edad las columnas escritas por los hijos de Seth: siguen las letras siriacas y caldeas, cuyo origen se atribuye á Abraham: despues están las mismas hebráicas antiguas restauradas por Moisés y finalmente renovadas por Esdras: en la segunda columna aparecen la reina Isis, á quien corresponden las letras egipcias; Mercurio, tenido por inventor de los jeroglíficos; Hércules, que se dice padre de las letras frigias, y Memnon, autor de otro alfabeto egipcio: la tercera y cuarta columna contiene la genealogía de las letras griegas desde Cecrops Diphies, primer rey de los Atenenses, que inventó diez y seis letras, hasta Simonides Melico, que completó el alfabeto actualmente conocido. La quinta columna está destinada á los orígenes latinos: Carmenta, madre del arcade Evandro, aparece como inventora de diez y seis letras: Evandro, maestro de los Aborígenes, añade seis: el emperador Claudio contribuye con la F: por último, Damarato, corintio, saca á luz el alfabeto etrusco. En la sexta columna tenemos ya al obispo Ulphilas, que dota de alfabeto á los godos: á San Juan Crisóstomo, que escogita la escritura armenia: á San Jerónimo, autor de la ilírica; y á San Cirilo, que formó otro alfabeto para los dálmatas: El último pilastre, junto á los arcos, tiene, entre las efigies de San Silvestre y Constantino, esta inscripción: *Jesus Christus, summus magister, caelestis doctrinae auctor*.

Compréndese bien por las anteriores noticias que á la ornamentacion de la Biblioteca Vaticana presidió hasta en los más

pequeños pormenores un espíritu científico acomodado á la grandeza de aquel palacio y á la altura de su destino.

Ocasion tendrémós en estos apuntes de hacer alguna referencia á las bibliotecas, que en la Roma pagana se conocieron, señaladamente á las del tiempo de Augusto: no hay para qué volver al recuerdo de la Babilónica, de la Alejandrina, ni de la Apamiense, que al decir de Plutarco constaba de más de veinte mil volúmenes: fuera impertinente recorrer ahora la historia de otras bibliotecas famosas de siglos posteriores: la fundada en Italia por Alfonso, rey de Aragon: la de París por Francisco I, rey de Francia: la de Cracovia, acrecentada por Segismundo III: nuestras Complutense y Escurialense, timbres clarísimos de Cisneros y de Felipe II: las de Venecia, Milan, Florencia, Ferrara, Cesena, Bolonia, Salamanca, Perusa, Sicilia; y otras muchas en Roma, como la de Araceli, Minerva, Farnese, Angelica y Barberina, que en el siglo xvii eran ya grandiosos arsenales de la ciencia y de las letras, abiertos al estudio de la generalidad: lo que importa aseverar es que á todas las conocidas excede la Biblioteca Vaticana en el número y en la calidad de los códices que posee. Pasan de diez y siete mil los latinos: de tres mil cuatrocientos los griegos y de dos mil los orientales: entre éstos los hay verdaderamente peregrinos. Sea lícito á un cultivador de estas letras antiguas recrearse un instante con el recuerdo de alguno de aquellos monumentos.

El número I (entre los orientales) de la Biblioteca Palatina, regalada por Maximiliano, es un *volúmen* ó rollo de pergamino de los que sirven á los judíos en las Sinagogas, primorosamente escrito en hebreo cuadrado, cuya fecha es quizá anterior al siglo xi: tiene ciento ochenta y dos piés de largo por dos y medio de ancho: lo forman cincuenta y tres cueros de marroquin cosidos.

Otro volúmen, ó *sepher thoráh*, que tiene el número II, es más largo aún que el anterior: los setenta y tres pergaminos, de que consta, no están cosidos, sino pegados: tiene á los extremos las dos varas (*hamudim*, columnas), al rededor de las cuales se enrolla la inmensa piel: está escrito á tres y á cuatro columnas en caracteres germánicos.

Procedentes de la biblioteca de Urbino hay dos códices, que no reconocen superior ni igual: el grande es un inmenso cuerpo en fóllos de pergamino, escritos á tres columnas con carácter cuadrado y puntuacion; tiene tambien el *Thargum* y gran riqueza de anotaciones, su fecha es del año judáico 5055 (de Jesucristo, 1290).

El otro, no tan magnífico, es más curioso por su antigüedad: pues aunque la nota que expresa año 4739 (que sería de nuestra era 979), no sea absolutamente exacta, sin duda alguna la piel, el carácter de letra y la escritura á tres columnas, permiten referir el códice á los principios del siglo XI, si ya no es, en efecto, del siglo X.

Códices bíblicos de los siglos XI al XVI, con anotaciones marginales (*masorah*) y comentarios curiosísimos, son tantos, que bien puede aventurarse la idea de que ni los Assemani, ni Bartolucci, ni el mismo infatigable De-Rossi, ni los orientalistas de todos los países, que por allí han pasado, más bien para rendir tributos de admiracion y tomar ligeros apuntes, que para consagrarse á estudios profundos, han apurado el contenido de aquella multitud de comentarios, en cuyas columnas habrá, de seguro, tratados pertenecientes á todo linaje de conocimientos humanos.

Y si de los códices bíblicos, de los cuales indudablemente no pocos pertenecieron á sinagogas y á judíos de España, se pasa á los profanos, ¡qué tesoros para las ciencias, para la historia y para la literatura! Y sobre todo, ¡cuántos recuerdos de España! Allí hay tratados de astronomía que se remontan á la época de D. Alfonso el Sabio, que fueron tal vez escritos por orden de aquel Rey.

Hay un manuscrito hebreo (*Lujoth*), que comprende cuarenta y cuatro tablas astronómicas hechas de orden de D. Pedro III, rey de Aragon, por el maestro Ghiliberto, y delineadas por el judío español Jacob Karsan, sobre el meridiano de Barcelona, «cuya longitud de la parte extrema del occidente es 33 grados, y la latitud del ecuador 41»; comienzan en el año 1276, primero de aquel Rey. «Otro códice contiene las *Tablas* mandadas formar por D. Alfonso, rey de Castilla, y

puestas en hebreo por Moré Kiriath: año 1252 (5012 de los judíos).»

De Rabi Isaac, hijo de Joseph, israelita toledano, hay un códice rabínico, titulado *Fundamento del mundo* (*Jasud Lofám*), que corresponde al año 1310 y comprende cinco tratados de geometría y astronomía; el último es notabilísimo, porque bajo el título de *Salselet akkalah* (cadena de la Cábala), ofrece una serie de autores desde Adam hasta Israel Haï, fijándose especialmente en los españoles.

Después de las joyas orientales, sobre todo de las hebreas, deben citarse los códices griegos, el precioso misal del tiempo del Papa Gelasio, el ejemplar de la obra de Enrique VIII, rey de Inglaterra, *Assertio septem sacramentorum adversus Martinum Lutherum*, en Lóndres, año 1521, con dedicatoria autógrafa al Papa Leon X, que dice: *Anglorum Rex, Henricus, Leoni decimo mittit hoc opus ad fidei testem et amicitia, Henricus*: el volumen ha durado mucho más que el testimonio de la fe y de la amistad: allí cerca pueden verse algunas otras obras manuscritas del mismo autor; cartas dirigidas á Ana Bolena. Es notabilísimo el códice de Virgilio del siglo V, cuyas iluminaciones interesan, no sólo á la historia del arte, sino al conocimiento exacto de muchos lugares y monumentos de la Roma antigua; otro códice hay de Terencio, que pertenece al siglo IV. Guárdanse, por último, en la Biblioteca Vaticana autógrafos de Petrarca, de Tasso y de otros autores de gran nota, multitud de antiguos manuscritos latinos con variedad de pinturas y adornos, el célebre Palimpsesto de la *republica* de Ciceron, el Dante con las miniaturas de Julio Clovio, el Ritual del Cardenal Ottoboni, y otras mil y mil joyas artísticas y literarias, que embelesan á los bibliófilos eruditos y á los amantes de la clásica antigüedad. Los armarios de manuscritos llenan, puede decirse, el salon de Sixto V, que mide 216 piés de largo por 48 de ancho. Los libros impresos, entre los cuales hay gran copia de ediciones del siglo XV—incunables—están igualmente en armarios cerrados, que ocupan la inmensa galería de 400 pasos, que se extiende á derecha é izquierda de la extremidad del salon. En las alas

de la galería hay varias estancias decoradas con frescos, que recuerdan los hechos principales de los pontificados de Pío VI y Pío VII; algunas de estas cámaras pueden considerarse como pequeños museos de antigüedades cristianas; objetos en bronce y tierra sacados de las Catacumbas; papiros en que se contienen donaciones y contratos de los siglos X al XII; pinturas antiguas; frescos salvados de entre las ruinas de la Roma imperial, y que son interesantes, aún después de la gran colección formada en Nápoles con los de Pompeya: en el último gabinete, á la izquierda, se ve un gran número de volúmenes (*album*), ricamente encuadernados con variedad de armas y de emblemas; son millones de firmas de adhesión y de ofrenda reverente, enviadas al Soberano Pontífice en estos últimos años por los católicos de todas las naciones.

En los intercolumnios del salón principal hay objetos de altísimo precio, cedidos por los Papas, que á su vez los recibieron como dones de los soberanos: tales son los grandes candelabros de porcelana de Sevres, que Napoleón I regaló á Pío VII; un soberbio vaso ofrecido por Carlos X á Leon XII; la taza incrustada en malaquita, que dió á Gregorio XVI el Emperador Nicolás; dos vasos de porcelana, que fueron enviados por el Rey de Prusia á Pío IX; la gran concha, también de Sevres, que sirvió de pila bautismal al príncipe imperial de Francia: estos y otros objetos, igualmente dignos de su augusto origen y de su augusto destino, adornan los salones de la Biblioteca Vaticana, como indicando que los dones de las más altas majestades de la tierra en ninguna parte están mejor que contribuyendo al realce y dignidad de los alcázares de la Sabiduría.

EL PALATINO.

SU HISTORIA. — SUS MONUMENTOS. — SUS RUINAS.

I.

Visitar el monte Palatino es visitar la cuna de Roma: recorrer hoy la triste soledad de su recinto, señalando los lugares donde fueron tantos y tantos edificios memorables, humildes unos, gigantescos otros, todos igualados ya por la mano del tiempo, es reducir á un paseo interesante y melancólico de tres millas el viaje, en que la humanidad ha empleado treinta y tres siglos; que á esta distancia, y no menor, de nuestros días, refieren los historiadores la época en que aparecieron sobre la cumbre del Palatino las primeras tribus pastoras, atraídas por la fertilidad del suelo y la abundancia y frescura de las fuentes. Aunque así no sea, aunque se supriman todos los tiempos que caen al otro lado de Rómulo; y Evandro y su Arcadia, y Sículos y Pelasgos vayan á las regiones de la fábula, formando aquella especie de nube, con que las tradiciones y la poesía suelen coronar la historia de los pueblos, siempre resultará que los primeros hechos ciertos que preparan y originan la existencia de Roma, al Palatino se refieren, y al Palatino hay que ir para buscar sus vestigios, para ver el desenvolvimiento de aquella sociedad, el cambio de sus formas de gobierno, el progresivo crecer de su influencia, el camino,